

Amparo de Juan Bolufer y Javier Serrano Alonso. *Valle-Inclán, candidato republicano*. Santiago de Compostela: Cátedra Valle-Inclán/Universidade de Santiago de Compostela, 2007, 179 pp.

El estudio de Amparo de Juan Bolufer y Javier Serrano Alonso arroja nueva luz sobre un episodio clave de la vida pública de Valle-Inclán. La candidatura de Valle a diputado en las Cortes Constituyentes de la II República no se entiende, claro está, sin contextualizarla en la compleja situación política gallega en el verano de 1931. De ahí que los autores dediquen los capítulos iniciales del libro a explicarla, resaltando el enfrentamiento entre la vieja política caciquil de la Restauración y la nueva tendencia democrática, impulsada por la llegada de la República, la circunstancia de fondo que lo condicionaba todo. En los demás apartados del libro se estudia la respuesta ética de Valle-Inclán ante el fraude electoral en A Coruña y Pontevedra que le dejó sin acta en el Parlamento. La particularidad del caso examinado, según documentan los autores, fue que la práctica caciquil y el fraude electoral no fueron obra de la oposición monárquica sino del republicanismo gallego, siendo el arquitecto del «pucherazo» Santiago Casares Quiroga, entonces Ministro de Marina del Gobierno Provisional de la República.

Tema recurrente en el análisis es «el duro enfrentamiento interno entre los distintos sectores republicanos en el poder» (26). Éstos se hallaban divididos, en Galicia, entre grupos liderados por Casares Quiroga (la Conjunción Republicana-Socialista), y otros grupos Radicales cuyo líder nacional era Alejandro Lerroux (la Alianza Republicana y el Partido Radical Lerrouxista). Complicando la historia nos enteramos de que Valle-Inclán, además de ser candidato Radical por A Coruña, lo que ya se sabía, fue también candidato Republicano-Radical-Agrario por Pontevedra. En ninguna de las dos circunscripciones salió elegido el escritor: «don Ramón quiso colaborar patrióticamente en la construcción de una nueva España, y su exclusión del Parlamento no sólo supuso para él una decepción, sino el dolor de no verse en esos momentos históricos trascendentales entre el grupo de padres de la patria pese a ser su trayectoria antidinástica tan reconocida y tan constante» (117).

En su investigación los autores acudieron a archivos, bibliotecas, memorias y hemerotecas a fin de establecer las pugnas de poder en A Coruña y Pontevedra que dieron al traste con la ilusión de Valle-Inclán. Así, se subrayan en el Capítulo 3 los choques entre Casares Quiroga (jefe de la Conjunción Republicano-Socialista) y Gerardo Abad y Conde (el líder gallego de la Alianza Republicana y el Partido Radical Lerrouxista). Se constata que Valle fue incluido como candidato en las listas de la Alianza «en el último momento, quizá el 23 de junio», y que firmó manifiestos electorales que insistían en «el carácter de partido «de orden» de los radicales» (29). Los autores no dejan sin comentar las diferencias de visión política entre Valle-Inclán y Lerroux, siendo su común oposición antidinástica el elemento que les aglutinaba (36). No bastaba, sin embargo, esa disidencia histórica, ya que la Alianza no pudo contra el poder ministerial de la Conjunción guiada por Casares Quiroga, cuya candidatura salió «elegida en su totalidad» (41). «Los votos conseguidos por Casares Quiroga fueron 88.470, más del doble de los del primer radical de la lista,

Abad Conde, que obtuvo 36.563. Valle-Inclán recogió, según [el *Boletín Oficial de la Provincia*], 18.479 votos» (43).

Semejante resultado se dió en Pontevedra, donde compitieron listas republicanas encabezadas por Emiliano Iglesias Ambrosio y Amado Garra, jefes locales de la Conjunción y la Alianza respectivamente. Demostrando un extenso conocimiento de los tejemanajes de los políticos nombrados, y del multipartidismo gallego en junio de 1931, Juan Bolufer y Serrano Alonso argumentan que Valle-Inclán tuvo por qué impugnar los resultados de las elecciones en las dos circunscripciones. Expresó su indignación en dos entrevistas (desconocidas hasta ahora) publicadas en *La Voz de Galicia* y en el *Heraldo de Madrid*, el 14 de julio de 1931. Declaró que «Las Cortes, con las aportaciones heterogéneas y fraudulentas que en buen número reciben, no tienen la robustecida autoridad que precisan. [...] Este era, pues, el momento de marcar nuevos rumbos, no de violaciones y robos de actas. Tenemos el sufragio, ha triunfado la Libertad, pero no sabemos utilizarlos» (89). En la misma línea aseveró que: «lo sucedido en Galicia es inicuo; porque si esas elecciones no se anulan, así, en redondo; si esas elecciones inmorales no se anulan, el sentido ético de la República, la fe en ella [que] podamos tener, se habrá perdido irremediamente» (92). Pocos días después, el escritor llevó a la Comisión de Actas del Congreso su acusación de fraude electoral, intervención política que se contextualiza en los Capítulos 7 y 8. Sintetizan los autores: «Todo quedó como estaba pero el fraude se puso de manifiesto [...] el asumir las irregularidades suponía [...] aceptar que los integrantes de la candidatura oficial eran los que habían realizado el fraude» (112 y 115).

¿Qué perfil de Valle-Inclán emerge de este estudio escrupulosamente documentado? Cabe citar íntegras las conclusiones de Juan Bolufer y Serrano Alonso:

La documentación manejada nos dice varias cosas, y bien claras: que don Ramón interpretaba los acontecimientos de su tiempo como muy pocos hombres de aquella España; que los malos modos políticos de la Restauración pervivían todavía, y que algunas de las castas políticas del nuevo régimen estaban más que interesadas en utilizarlos en su beneficio; y finalmente, encontramos a Valle-Inclán en su dimensión moral más alta, un hombre para quien la ética es el mayor valor que se le debe pedir a un ser humano y, especialmente, a un político. Su decepción personal se originó al comprobar que el caciquismo seguía vivo y triunfante y que con ello la República nacía contaminada, no tanto por el hecho de no haber sido elegido. (118)

Huelga observar que este suceso, y la respuesta del escritor a él, condicionaron la visión crítica de la política republicana manifestada por Valle-Inclán en los años sucesivos. La experiencia no le hizo retirar su apoyo a la iniciativa republicana sino que, antes bien, le sirvió de aguijón para medir los pasos dados por el nuevo régimen con el criterio ético expresado en el Parlamento en el verano de 1931.

Como dijo en una de las declaraciones recuperadas, andaba en juego «el decoro» de la República y de España (92).

Recomiendan este estudio el rigor historiográfico de su realización; la claridad con que se analiza un proceso electoral caótico en un momento de notable confusión de partidos, listas y maniobras políticas; la nueva documentación exhumada de la prensa gallega y madrileña; y la atención dada a los principios políticos y éticos del autor gallego (Capítulos 1, 6 y 9). De gran interés son tres apéndices en los que se detallan los resultados electorales, se rescata documentación gráfica referente a las elecciones, y se reproduce el debate en el Congreso sobre las actas de A Coruña el 24 de julio de 1931. Cierran el volumen un índice de ilustraciones y otro onomástico, herramienta de consulta que investigadores literarios e historiadores, estudiantes y especialistas, han de agradecer a los autores.

DRU DOUGHERTY
UNIVERSITY OF CALIFORNIA, BERKELEY